

DISCURSOS Y POESIA

LEIDOS EN

EL "TEATRO DEGOLLADO,"

AL SOLEMNIZARSE

EL GLORIOSO 5 DE MAYO DE 1862,

EN SU

15.º ANIVERSARIO.



GUADALAJARA.

Tip. de S. Banda, exconvento de Sta. María de Gracia, núm. 46.

1877.

DISCURSO

LEIDO POR EL C.

Lic. Ignacio J. Figueroa.

Conciudadanos:

TRADUCIR quisiera en estos momentos solemnes el sentimiento nacional: interpretar quisiera con las palabras que os dirijo, la expresion del entusiasmo que nos inspira el aniversario del dia que hoy celebramos. ¡Cinco de Mayo de 1862! ¿Qué mexicano no se siente conmovido ante tu recuerdo? Tú estás enlazado con los sucesos más notables de nuestra historia, tú vives con la independencia de la patria, tú traes á la memoria el proceso de un partido funesto á la Nacion y á la República, y eres la personificacion de otro que ha luchado siempre por la dignidad de la patria: de pié, y animados del más profundo respeto, venimos á saludarte los hijos de esa República; si nuestro lenguaje va á ser severo con los que se avergüenzan ante esos hechos, preciso es, sin embargo, referirlos; nos importa mantener vivo este recuerdo; él debe ser una elocuente leccion para el porvenir.

A principios del siglo XVI, un aventurero español penetró en el poderoso imperio de México; nuestros padres resistieron heroicamente; pero no

fué la falta de valor ni de patriotismo lo que los hizo sucumbir, sino su ignorancia, esta triste fatalidad inseparable de la esclavitud de las naciones. Apoyado en ella, el alto clero comenzó á extender sus conquistas, y poco tiempo necesitó para disponer á su antojo de la conciencia y de la fortuna de los vencidos. Cuando en 1810, Hidalgo, interpretando el sentimiento nacional, proclamó la independencia; comprendiendo aquel que el vasto poder que tenia se le iba á escapar de las manos, prestó ayuda á los dominadores, y vencida entonces la insurreccion, abandonó al poder civil el sacerdote humilde, que pagó con su cabeza el haber iniciado la grande obra de nuestra emancipacion: despues, cuando el espíritu de reforma impellido por la revolucion francesa penetró en la metrópoli, derrocando los privilegios y desamortizando la propiedad eclesiástica, este mismo clero, temiendo que ese espíritu, atravesando los mares prosiguiera su mision, apoyó esa misma independencia que antes habia combatido, creyendo que así vendria á ser el único árbitro de nuestros destinos; pero ¡ya era tarde! el espíritu de reforma habia tocado nuestras playas; el espíritu de reforma encarnado en el partido de la República, en el partido de los desheredados, saliendo de entre las más humildes masas del pueblo, hizo retroceder las tendencias de aquel poderoso enemigo y de sus soldados mercenarios.....

Durante esta lucha, la Nación habia ido perdiendo poco á poco la vitalidad de sus fuerzas económicas. El partido conservador, identificado con el clero, temiendo en cuenta únicamente su propio y exclusivo interés, habia puesto el tesoro nacional al arbitrio del extranjero; habia celebrado con éste contratos vergonzosos y leoninos que el partido republicano, identificado con la Nacion, no debia

aprobar; y por de pronto ni siquiera podía seguir satisfaciendo el pago de los créditos reconocidos: esta dificultad y las maquinaciones del mismo partido conservador contra la independencia de México, dieron origen á la convencion tripartita; en el acta de esta convencion, cada una de las partes contratantes se habia mutuamente comprometido á no ejercer ninguna influencia en los asuntos interiores del país.

Las potencias aliadas llegaron á México, y convencidos los representantes de Inglaterra y España de que el gobierno liberal tenia los elementos necesarios para garantizar el pago de sus reclamaciones, se retiraron del territorio nacional; pero los representantes de Francia, faltando impudentemente á la convencion celebrada, insistieron en declarar la guerra: debia esto ser así: ya con anterioridad la causa de la República estaba condenada por S. M. el emperador de los franceses; ya con anterioridad Saligny, su ridículo y presuntuoso ministro, mezclándose en los asuntos del interior, habia insultado más de una vez y con un énfasis digno de su amo, al gobierno de México: ya con anterioridad el partido conservador habia puesto en asta pública la autonomia de la Nacion: ya con anterioridad soñaba con la halagüeña expectativa del gobierno de un noble príncipe de la ilustre casa de Borbon ó al ménos de la de Austria, que les diera insignes prerogativas de nobleza, y que pusiera á raya á los malditos plebeyos, que despues de haberlos vencido en los campos de Silao, Loma Alta, Calderon y Calpulalpan, tenian la audacia de recoger, en nombre de la dignidad nacional, el guante que les arrojaran sus aliados, los más temibles guerreros de Europa.

Consumada la violacion de los preliminares de la Soledad, un puñado de valientes disputa el paso

al invasor en las gargantas de Acultzingo, y forzado éste por la superioridad del número, el general Zaragoza fija su campamento en las eminencias de Loreto y Guadalupe: llega el 5 de Mayo de 1862, y en ese día que el general Laurencez habia escogido para alcanzar un triunfo decisivo sobre el ejército mexicano, recibe, como ya lo sabeis, una completa derrota.....

... ¡Honor á México! ¡Honor al Partido de la República! ¡Honor á este día memorable, que vindicó la dignidad nacional!.....

Pero no nos contentemos solamente con su recuerdo; mejor que esto, para saber honrarlo dignamente, procuremos buscar garantías sólidas para asegurar en el porvenir la independencia de la patria; ella no descansa únicamente en el valor de sus hijos ni ménos en el respeto á las nacionalidades, sino más bien en la riqueza y en la educacion: procurad por una parte vigorizar las fuerzas productoras de la Nacion, dando lugar preferente á las vías férreas que son el primer elemento de actividad, y por la otra á la instruccion primaria, que es el primer elemento de la civilizacion: libres así de la maléfica influencia de la diplomacia extranjera, seremos siempre los señores de nuestros destinos, y al morir legaremos á nuestros hijos, enteramente puro, el depósito de nuestra independencia, íntegra del todo la grande obra de Hidalgo, de Juárez y de Zaragoza.—DISE.

DISCURSO

LEIDO POR

El C. Zenon S. Ubarra.

CONCIUDADANOS:

Todos los pueblos registran en las páginas de su historia fechas indelebles que se trasmiten en el vuelo de los siglos de generacion en generacion, siendo por el regocijo con que se celebran sus aniversarios, siempre nuevos y siempre antiguos. Estas fechas, como que engendran un hecho grandioso, un hecho que importando la consecucion de la libertad de los pueblos, supone la infinidad de guerras porque tuvieron que pasar, los torrentes de sangre hermana de que se les vió surcar el suelo, el llanto y la desolacion de las familias y la miseria general que por largo tiempo los aguijonara, no pueden menos que grabarse profundamente en el seno de aquella porcion de la humanidad que haya sido la víctima de todos estos padecimientos; y si bien ve en ellos el espantoso cuadro de tan crudos sinsabores, los mira con beneplácito y con inefable gozo, como que marcan el hasta aqui de sus tormentos y constituyen la base de su porvenir magnífico.

México, nuestra bella patria, entre los brillantes

anales que de esta naturaleza registra en su historia, uno de ellos es aquel cuyo recuerdo celebramos hoy, y que nos manifiesta el golpe rudo asestado en Puebla al orgullo francés, aquel gigante altanero que creyó enclavar para siempre en nuestro suelo su bandera imperial, encadenándonos á la Francia y exponiendo nuestros destinos á la influencia del capricho de su monarca. La memoria de este acontecimiento, cual fluido eléctrico se transmitirá por el hilo de los siglos hasta las generaciones más remotas de nuestro país, demostrándonos que éste, por defender su libertad, ha sido un pueblo valiente hasta el heroísmo, que ha sabido defender con dignidad el carácter de independiente y soberano, que no en vano le reconocieron los demás pueblos.

Sí, ciertamente; nuestro país, aunque reducido en poblacion, ha sido siempre celoso y enérgico para sostener su dignidad nacional contra los atentados de naciones poderosas; la preponderancia de éstas no ha bastado para arredrarle; su historia, desde que logró su independencia, jamás le muestra envilecido con el semblante caído ante los poderosos enemigos que han pretendido pisotear el escudo de su nacionalidad; antes bien, animado de un fuerte espíritu, le manifiesta siempre altivo, vigoroso é infatigable en medio de las adversidades para mantenerla con decoro y escaparla de los ultrajes que se la dirijen: dígalo, si no, el acontecimiento á que he aludido, en el que el ejército francés se sintió agobiado y dominado por el pánico ante el estruendo y el triunfo de las armas mexicanas, que daban una tremenda lección á su insensata temeridad, á sus locos ensueños de dominar nuestro rico país. ¡Gloria al héroe del 5 de Mayo de 1862, el C. Ignacio Zaragoza! ¡Gloria á este benemérito de la patria, que con su valor y pe-

ricia militar y la bizarria de sus soldados, demostró á los franceses que México no es un pueblo cobarde; que abrigando en su seno hombres de honor y de pelea, jamás consentiria en que un intruso extranjero viniera á dictarle leyes!

Un pueblo como el nuestro, que haya gemido largos siglos bajo el peso de las cadenas de la dependencia; que hastiado de los sufrimientos de la opresion y ansioso por desplegar sus alas para emprender el vuelo en la carrera de la civilizacion, haya hecho un esfuerzo supremo, produciendo una convulsion general en todas sus masas para romper aquellas cadenas y recuperar el inestimable don de la libertad; un pueblo así, digo, no puede consentir en que se le atropelle en lo más mínimo su independencia y su soberanía: orgulloso por la conquista de tan valioso tesoro que le costó un sacrificio prolongado por centenares de años, custodia celoso el fruto de sus trabajos. Así, México, despues de haberse independido de la Metrópoli española que por tanto tiempo lo tuvo oprimido, nunca pudo consentir en que Napoleon III colocara aquí al príncipe de Austria para establecer el gobierno que se le antojara y conviniera á sus miras ambiciosas, en desdoro de nuestra dignidad nacional.

Que en Francia se creyera ó se aparentara creer que los mexicanos somos incapaces de gobernarnos, nada se halla de raro, pues, simulando esta creencia, se encubrian de algun modo los odiosos proyectos que contra México se confabularon en la convencion de Londres por las tres naciones aliadas. Pero lo que sí no cabe en el juicio de un verdadero mexicano, es cómo de entre nosotros haya habido quien, con un entusiasmo llevado hasta el delirio, haya cooperado en realizar la ignominiosa idea, a idea digna del más alto desprecio, de ofrecer los

destinos de México á un monarca extranjero. Estos hombres pusilánimes no comprendían el ridículo papel que desempeñaban ante todas las naciones y ante el propio Maximiliano, cuando con voz conmovida y súplicas humillantes para el que las dirigía, ofrecían á su ambición nada ménos que un país encantador, inmensamente grande é inmensamente rico. Estos hombres, en medio de su extravío mental, que sin duda debieron sufrir, no se fijaban tampoco en lo despreciable que aparecían entre los demas mexicanos sus hermanos.

México se sentía desgraciado al ver que bajo su regazo paternal abrigaba hijos tan desnaturalizados, que lo exponían en manos extrañas; más considerando que esta falta de gratitud solo manchaba á unos cuantos, y que la inmensa mayoría estaba por conservarles su decoro y enaltecerlo hasta donde fuera posible, menospreció la aberración de aquellos y se dispuso á abrir la batalla que sus rebeldes hijos y las encubiertas pretensiones de Napoleón le preparaban.

Su determinación y los sacrificios para llevarla á cabo, no fueron infructuosos, como lo hemos recordado: el aniversario que celebramos hoy nos lo demuestra, igualmente que el que con fecha 15 del mismo mes también celebramos, y el que nos trae á la memoria el tétrico fin que el llamado imperio mexicano tuvo en Querétaro, merced á nuestros valientes generales, entre los cuales desempeñó un importante papel durante toda la intervención francesa, nuestro actual Presidente, el héroe que en Teacoac sacudió y desconcertó el pesado tejido de la tiránica administración de D. Sebastian Lerdo de Tejada.

¡Viva México, conciudadanos! que ha sabido defender y conservar su independencia, que ha sabido castigar á sus hijos ingratos que han querido ha-

cerla despreciable ante las demas naciones. ¡Viva México! que tiene hombres de honor y que anhelan el bienestar y la prosperidad de nuestra patria.

DISE.

DISCURSO

LEÍDÁ POR EL ARTESANO

C. IGNACIO J. TRUJILLO.

Ciudadanos:

PARA el hombre que mucho ama al suelo sobre que viera la primera luz, testificar lleno de gozo y de entusiasmo las glorias de la patria, abrir los labios para bendecirla, es una dicha que apenas expresarse puede, aunque su voz tenuemente perceptible se pierda entre el placer inmenso con que la entusiasmada muchedumbre saluda al astro que alumbró esas glorias.

Yo vengo aquí en medio de vosotros para inspirarme en vuestro fuego patrio y poder saludar á nuestra hermosa México en este dia de remembranza eterna.

Yo vengo aquí para ser un débil eco de vuestros patrióticos cantos, y á participar del regocijo que os anima hoy, así como diariamente participo de vuestras desdichas, de vuestras amargas y de vuestros más íntimos dolores.

Oscuro hijo del trabajo como vosotros, desheredado de la fortuna y de la inteligencia, como álguien ha dicho, vengo, sí, con el entusiasmo en el

alma y la fé de mis creencias en el corazon, para saludar à la patria en el dia que celebra uno de sus triunfos màs esclarecidos, el triunfo del derecho sobre la más inaudita injusticia, el triunfo del pueblo sobre los dèspotas señores, el triunfo de la democracia sobre el orgullo de los reyes, el triunfo, en fin, de las civilizaciones modernas sobre el asqueroso oscurantismo de los pasados siglos.

Grandioso, sublime espectáculo presenta à la faz del mundo esta victoria, ciudadanos. En esa por mil títulos gloriosa jornada que celebramos hoy, el indio de Zacapoaxtla, el más pequeño hijo del pueblo mexicano, es el vencedor de aquel soldado orgulloso que se paseara dominador sobre el viejo Continente y cubierto de laureles recojidos à su paso ora en las llanuras de Marengo ó de Inkerman, ora en los parapetos de Sebastopool.

El desheredado de la fortuna y de la inteligencia fué quien extendió su desnudo brazo para marcar el hasta aquí à los furiosos perros de los grandes señores, para presentar al mundo el honor nacional reivindicado y para probar à las futuras generaciones que no son los arranques de la vanidad y del orgullo ni las fanfarronadas injuriosas de un ridículo y mentido saber, sino los impulsos de un buen corazon aun cuando esté cubierto con los sucios harapos del mendigo, los que han de salvar à la humanidad oprimida bajo el yugo de los tiranos.

¡Oh pueblo pobre, magnánimo y sufrido! cuán grande te contemplo en este dia! pero ¡cuán desgracido tambien! Tú eres el heredero único de esos laureles inmarcesibles que te legaran tus mártires progenitores y tus mártires hermanos; es lo único que tienes para endulzar tus grandes infortunios, pues siempre tienes señores que te escarnecen y te insultan.

Tú sabes derramar la inocente sangre de tus hi-

jos en áras de la patria y darle días de gloria con tu abnegacion y con tu muerte; pero no sabes darte à tí mismo ni aun siquiera una sola hora de ventura.

El 5 de Mayo de 62 levantaste à la patria alto, muy alto; pero tú no has podido levantarte de tu postracion y de tu miseria.

Vamos cantando, pues, las glorias de ese dia, pueblo pobre; las glorias de esa patria que has elevado á grande altura, y que sin embargo no es nuestra, porque somos los desheredados de la fortuna y de la inteligencia.

Si no tenemos patria, segun el antiguo derecho romano, nada valemos en el gran todo social ni tenemos asiento en el banquete de la vida, como ha dicho Malthus.

Y sin embargo, vuestro es el triunfo del 5 de Mayo, como han sido vuestros todos aquellos que levantan á la humanidad en la escala ascendente del progreso.

Pueblo! tus laureles todos, tintos están en la sangre de tus hijos, porque tú eres el cristo de las edades futuras; hasta hoy no has tocado más que el olivar y el Calvario, un Calvario de muchos siglos; pero un dia vendrá en que te alces hasta el Tabor de tus grandezas, resplandeciente con el sol agosto de la libertad.

Hoy, al saludar à los héroes del cinco de Mayo en el décimoquinto aniversario de tan fausto dia, hagamos votos porque en México sea un hecho la democracia, sea un hecho el cristianismo; porque desaparezca para siempre de entre nosotros el dominio de la fuerza, el dominio de la intriga y de la chicana; y porque el pueblo, conocedor de sus sagrados derechos y de su fuerza moral y física, hunda para siempre en el abismo todas las preocupaciones y todas las tiranías.—DICE.

COMPOSICION

LEIDA POR EL ARTESANO

C. MANUEL M. GONZALEZ.

Espíritus cobardes,
Gentes de poca fé que á cada paso
Llorais por una patria que no llora
Ni tiembla ante el acaso;
Buhos agoreros del oscurantismo,
Gente á su Dios y á su mision traidora,
Que decís que la patria de los héroes
Se despeña veloz en el abismo;
Venid, falsos profetas,
Venid à este lugar y en este dia
Para que veais cuán grande se levanta
Soberana y feliz la patria mia;
Venid aquí, os lo ruego;
Pero apagad el llanto que la espanta
Y esa risa satánica que afrenta;
Venid y contempladla, y decid luego
Si es susceptible acaso de desmayo
La patria que las glorias de Magenta
Trocó en cenizas con su SOL DE MAYO.
Cual vosotros pensais, pensó un tirano;
Creyendo débil à mi patria, dijo:
“Vayan allá mis bélicas legiones,
“Verdugos y terror del africano,

“Y arrasen con sus balas mis cañones
 “Ese suelo férax del mexicano.”

Y cual buitre carnívoro tendiendo
 El vuelo en pos de la deseada presa,
 Montañas y montañas trasponiendo,
 Veloz surcó los mares la bajeza
 Hasta tocar las playas de mi patria
 Por sus olas eternas arrulladas,
 Y hasta dejar sus fértiles campiñas,
 Sus ricas sementeras y sus viñas
 Por fieros invasores profanadas.

“¡Bello país!” clamaron al mirarla;
 Y hambrientos y mendigos se aprestaron
 Para hacerla su presa y desgarrarla;
 Y esclavos de pasiones vergonzosas,
 Hambrientos y mendigos, se soñaron
 Sultanes de tus vírgenes hermosas,
 Ricos de amor, de gloria y de tesoro,
 Saciando su avaricia en montes de oro.

La patria protestó contra aquel hecho,
 Protestaron los pueblos de la tierra
 Hablando del honor y del derecho;
 Pero terco el francés, gritaba: ¡guerra!

Guerra pedían los necios que ignoraban
 Lo que puede lograr un pueblo *rojo*,
 Que no teniendo, por fortuna, esclavos,
 Jamás vistió con mujerial antojo
 La enagua degradante de los zuavos.
 Guerra pedían, sin sospechar siquiera
 Que el genio de Sedan se anticipaba,
 Y antes de ir á empuñar otra bandera,
 La bandera de México empuñaba;
 Y “¡guerra, pues!” la patria respondióles;
 “Intrusos miserables que se olvidan
 “De lo mucho que puedo y me convidan
 “A lidiar frente á frente,
 “¿Pensásteis encontrarme descuidada?

“Os engañais, el águila valiente
 “De la jóven Anáhuac, dará al mundo
 “Muy pronto un espectáculo completo
 “Al destrozar con su acerado pico
 “Del águila francesa el esqueleto;
 “Y no olvideis que es mucho lo que valgo
 “Y ni confieis en vuestra fama hermosa,
 “Que el suelo que engendrar pudo un Hidalgo,
 “Tambien puede engendrar un Zaragoza.”

Y surgió Zaragoza el denodado,
 El hombre-pueblo, el ínclito soldado...
 Unido á su puñado de valientes
 Que en Loma Alta, Silao y Calpulalpam
 Habian con su entereza colocado
 El lauro de los buenos en sus frentes,
 Junto á Puebla la heroica se encontraba
 Impávido, sereno,
 Elevando su típica cabeza
 Que una aureola invisible circundaba;
 Espíritu empapado en lo sublime,
 Héroe todo grandeza,
 Ni un instante mostró que vacilaba,
 Y la luz apacible de sus ojos
 Ni temor ni esperanza retrataba...

Mas apenas se vieron á lo lejos
 Las tropas invasoras
 Alumbradas del sol con los reflejos,
 Recorrió el campamento, y vibradoras
 Patrióticas, grandiosas,
 Sus palabras resuenan, duplicando
 El ánimo á sus huestes valerosas,
 ¡Cómo caer!... Comienza la batalla,
 El ronco acento del cañon retumba,
 Se cruza por los aires la metralla
 Y la roca del cerro se derrumba.
 Confiados en sus triunfos los franceses,
 Se lanzan al asalto con denuedo,

Que mal pudiera amilanar el miedo
 A aquellos que ignoraban los reveses;
 Mas, ¡oh dolor! al ver que sus columnas
 Retroceden veloces y diezmadas
 Por nuestras bravas tropas acosadas,
 Lanzan un grito de dolor y vuelven
 A la carga otra vez; psro ¡imposible!
 Otra vez retroceden, que es terrible
 El valor que á su empuje ha resistido:
 Haceh entónces el postrer esfuerzo,
 Recobran su moral v nuevamente
 Con su aspecto marcial siempre temido,
 Se afanan por vencer. . . . ¡inútilmente!
 Que electrizados ya los defensores
 Y saltando su propio parapeto,
 “¡Atrás, cobardes! entusiastas gritan,
 “¡Aquí no es Malakoff, aquí es Loreto!
 “¡Viva la libertad!” Y cual furioso
 Torrente desatado,
Se lanzó tumultuoso
 El pueblo denodado,
 Y la insolente tropa
 De esos bravos soldados tan temidos,
 Que orgullosa paseara sus banderas
 Por la asombrada Europa,
 Huye lanzando locos alaridos.
 Huyó la Francia, sí, y huyó con ella
 Esa nube tenaz del retroceso
 Que intenta siempre oscurecer la estrella
 Conque alumbra á los pueblos el progreso.
 Huyó la Francia, sí, era preciso
 Que huyera esa nacion tan respetada,
 Que de sus propias glorias olvidada
 Con tan negro borron mancharse quiso.
 Que si ella mucho de grandioso abarca
 Y si sublime y vencedora un día
 Con la testa cadáver de un monarca

Espantó á la vetusta monarquía,
 Al querer aherreojar á un pueblo libre,
 Convirtiósse en ridículo vestigio
 De aquella edad de hierro que invocando
 La proteccion de un Dios que perdonaba,
 A nombre de ese Dios esclavizaba,
 Libertades y creencias mancillando;
 Y era preciso que vencida fuera
 Aquí bajo este sol, sobre este suelo
 Lleno de luz, de animacion, de vida,
 Donde en cada palmera,
 Donde en cada arroyuelo,
 Este al correr y al agitarse la otra,
 Parece que una voz desconocida
 Habla de libertad y de consuelo.

En tanto allá los bravos vencedores
 Rodean al general, que emocionado,
 “¡Soldados, dice, gracias,
 El honor de la patria se ha salvado!”

Y al prorrumpir en dianas los clarines,
 Cuyas voces sonoras resonaban
 Del viejo Continente en los confines,
 Rasgáronse las nubes que empañaban
 El infinito azul, y el *sol de Mayo*
 Celebró la victoria con su rayo.

*
* *

Espíritus cobardes,
 Gentes de poca fé que á cada paso
 Llorais por una patria que no llora
 Ni tiembla ante el acaso;
 Miradla allí cuán grande se levanta,
 Con qué desprecio á los tiranos mira
 Al destroz ar altiva con su planta
 Los triunfos de Inkerman y de Algecira.
 Esa es la que juzgaron impotente

Paloma á quien el cielo destinara
 A vivir como ofrenda sobre el ara
 De las momias del viejo Continente:
 Creyéronla perdida y le trajeron,
 De parte de un verdugo,
 Un monarca y un yugo
 Para hacerla feliz; mas la paloma
 En titan convertida se alza enhiesta,
 Y la fuerza tremenda de sus brazos
 A la soberbia del verdugo asesta
 El primer bofetón de los que pronto
 Al yugo y al monarca harían pedazos!
 Y es que el Supremo Artista al concebirla
 Tan llena de volcanes y de flores,
 Quiso que fuese una mansión de libres
 Y no mansión de esclavos y señores.
 ¿Qué importa que esos pueblos que se humillan
 Ante el César de un trono y se maucillan,
 Apelliden de barbaras sus leyes?
 La patria á su pesar marcha y progresa,
 Escupiéndola á la cara de sus reyes.
 Tregua, pues, al temor, séres pequeños,
 Pues siempre, siempre que procure impiar
 Atarnos á su carro de victoria
 La abyecta tiranía,
 La patria que grabar pudo en su historia
 Con el buril divino de la gloria
 Las glorias inmortales de este día,
 Impotente y grandiosa
 Otra vez se alzar como se alzara
 Cuando triunfó por ella Zaragoza.

